

TIMONEDA, JOAN DE (CA.15201583)

EL SOBREMESA Y ALIVIO DE CAMINANTES: CUENTOS BREVES

El Sobremesa y Alivio de caminantes, de Joan de Timoneda, en el qual se contienen affables y graciosos dichos, cuentos heroycos y de mucha sentencia y doctrina. Agora de nuevo añadido por el mismo autor, assí en los cuentos como en las memorias de España y Valencia.

ÍNDICE:

PRIMERA PARTE

CUENTOS I – LXXXVII

SEGUNDA PARTE

CUENTOS I – LXXI

SONETO a los Lectores

¿Qué buscas, Sobremesa? La prudencia.
Di, ¿para qué? Para mis contezillos.
¿Aquéssa? Essa que sabrá sentillos.
¿Cómo? ¿qué viste en ella? Experiencia.

Mejor buscar sería la eloqüencia,
que sigue, aguarda, apunta puntezeros.
Sin essas dos, el que querrá dezillos,
dirá su mesma y propria insuficiencia.

Por esso el dezidor ábil, prudente
tome de mí lo que le conviniere,
según con quien terná su passatiempo.

Con esto dará gusto a todo oyente,
loor a mi auctor, y al que leyere,
desseo de me ver en algún tiempo.

EPÍSTOLA al Lector

Curioso lector, como oyr, y ver, y leer sean tres causas principales (exercitándolas) por do el hombre viene a alcançar toda sciencia, essas mesmas han tenido fuerça para conmigo, en que me dispusiesse a componer el libro presente dicho Sobremesa y Alivio de caminantes, en el qual se contienen diversos y graciosos cuentos, affables dichos y muy sentenciosos. Assí que fácilmente (lo que yo en diversos años he oydo, visto y leydo) podrás brevemente saber de coro, para poder dezir algún cuento de los presentes. Pero lo que más importa para ti, y para mí, porque no nos tengan por friáticos es que, estando en conversación y quieras dezir algún cuentezillo, lo digas a propósito de lo que trataren, y si en algunos he celado los nombres a quien acontecieron, ha sido por zelo de honestidad e yvitar contiendas. Por tanto, assí por lo uno como por lo otro te pido perdón, el qual no pienso que se me puede negar.

Vale

PRIMERA PARTE

CUENTO I

Un tamborinero tenía una mujer tan contraria a su opinión que nunca cosa que le rogara podía acabar con ella que la hiziesse. Una vez, yendo de un lugar para otro porque había de tañer en unos desposorios, y ella cavallera en un asno con su tamborino encima, al passar de un río díxole: "Muger, catad no tangáys el tamborino, que se espantará el asno." Como si dixera "tañeldo": en ser en el río sonó el tamborino, y el asno, espantándose, púsose en el hondo, y echó vuestra muger en el río. Y él, por bien que quiso ayudalle, no tuvo remedio. Viendo que se había ahogado, fuela a buscar el río arriba. Díxole uno que lo estava mirando: "Buen hombre, ¿qué buscáys?" Respondió: "A mi muger, que se es ahogada, señor." "¿Y contrario la havéys de buscar?" Dixo: "Sí, señor, porque mi muger siempre fue contraria a mis opiniones."

CUENTO II

A un aldeano de Murcia trocávanle cierta heredad que tenía a la orilla del río con otra que estava dentro de un cercado. La muger rogávale que lo hiziesse, y el aldeano nunca quiso conceder a su ruego. En este intermedio, vino el río tan grande que huvieron de huyr de la heredad, y sobre todas las lástimas que dixo la muger fue ésta: "Dios hos lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra. Agora conoceréys que vale más un palmo dentro que dos de fuera."

CUENTO III

Haviéndole cabido en suerte a un honrado mancebo de casarse con una biuda mal domada, y él le diesse del pan y del palo, ella fuese a quejar a sus parientes. Los parientes reprehendiendo al marido, que no había de tratar así a su muger, sino castigarla con buenas palabras. Offresciéndoles que así lo haría, la destravada biuda regíase muy peor. El buen mancebo, por no quebrar su promessa, tomó un palo y escribió a la una parte estas palabras: Pater Noster, y a la otra: Ave María. Y como ella se desmandasse, diole con él. Bolviéndose a quejar, y venidos los parientes, dixéronle que muy mal había cumplido su palabra. Res-/[a iij v]/pondió el mancebo: "Antes, señores, he cumplido lo que me mandastes, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que he escripto." Viendo su agudeza, no tuvieron qué responder, sino bolverse a sus casas.

CUENTO IV

Viendo un labrador que en una higuera que tenía en su heredad se habían desesperado en ella (por discurso de tiempo) algunos hombres, teniéndolo por mal agüero, determinó de cortalla; pero antes desto, presumiendo de gracioso hizo hazer un pregón por la ciudad: que si alguno había que se quisiese ahorcar en su higuera, que se determinasse dentro de tres días, porque la quería cortar de su campo.

CUENTO V

Encontrando un día el auctor un amigo suyo en el mercado, y como era por la mañana que atravessavan muchas bestias por él, le dixo: "Señor, desempachad de comprar, que van muchas bestias por el mercado." Entonces el auctor se paró, diziendo: "No haze por cierto, porque yo parado sé que estoy agora."

CUENTO VI

Vingué a Valencia un chocarrero, fingint que sabia de alquímia, lo qual posà cartells: que al qui li donaria un ducat en or, ne tornaria dos, y al qui dos, quatre, y al qui tres, sis; en fi: tostemps al doble. La gent per provar-lo accudia en pochs ducats, y ell davant ells posava la cantitat de cada hu en sa cresola de terra, escrivint lo nom de quils portava en un paperet posat dins ella, y de allí a pochs dies los tornava dobles.

Cevant-los desta manera, acudiren molts ab grossa cantitat, y ell desaparegué ab més de mil ducats. Venint los burlats a regonéxer les cresoles, trobaren-les buydes ab escrits que deyen: 'Plore cascú son dol ab son cresol'. Y de llavós ensà ha restat est refrany entre la gent.

CUENTO VII

Estando un gentilhombre en conversación de muchas cortesanas, hubo una que por tratalle de mísero, le pidió de merced que le prestase medio quarto. El gentilhombre, conociendo su malicia, y por affrentalla en el grado que merecía, dixo: "Medio no, señora, pero tome uno, y quedarán pagados los quatro."

CUENTO VIII

Oyendo muchos estudiantes el curso de la Lógica, entró uno dellos, y no hallando lugar do assentarse, por ser grande /[a iiij v]/ en dos maneras, allegósse a otro menor, diziendo que le hiziesse lugar. El otro no queriendo, asióle del braço, y quitóle de donde estava, y assentósse diziendo: "Sede mayori." El menor alçó de presto la mano, diziendo: "Parce minori."

CUENTO IX

Un chacotero, que por hablar demasiadamente y burlarse de todos llevaba un Dios nos libre aposentado en su rostro, encontrándose con un tuerto en el mercado de Valencia y por burlarse dél le dixo: "¿Qué es la causa, hermano, que tan de mañana havéis caminado veynte y quatro leguas?" Respondióle de presto: "Por haverme embarcado en vuestro bergantin."

CUENTO X

Un mochacho, que su madre tenía fama de hazer plazer y passar la deshonesta vida, tirava piedras hazia unos gentiles hombres que estavan parados al sol, por ser de invierno; al qual, por velle tan mal criado, dixo el uno dellos: "Está quedo, rapaz, que por dicha darás a tu padre."

CUENTO XI

En el tiempo que Roma florescia, floescieron tres cortesanas dichas Layda, Lamia y Flor. A la Layda vino a ver /a v r/ una vez el philósopho Demóstenes desde Grecia, o Corinto, por si era tan hermosa como le havían notificado, y queriendo rebolverse con ella, pidióle tan gran cantidad que le respondió riendo: "Perdóname, Layda, no permitan los dioses que compre tan caro el arrepentimiento." Estraño dicho si el día de oy se notasse.

CUENTO XII

De Lamia se dize que vino otro philosopho de Athenas para solamente vella, y no para con ella juntarse, sino por ver si la podía apartar del mal camino que llevaba, y viniendo a conversación con ella, y contenta de hazer por él, que fingidamente la había requēstado, entráronse en un rico aposento que tenía a la qual dixo el philosopho: "Dime, Lamia, ¿no tienes otro lugar más occulto y secreto que éste?" Dixo: "Sí tengo." Y entrándole en otro más adentro, dixo el philosopho: "Otro más escondido querría." Ella entonces metióle en otro que tenía, diziéndole: "Cata aquí lugar que no nos puede ver sino Dios." Respondió el philosopho: "Dios, tanto que peor, perdona, Lamia, que yo no haré un peccado tan suzio delante de Dios." Si tal considerassen los christianos al día de oy no peccarían tan a rienda suelta.

CUENTO XIII

De Flor se cuenta que, aunque mala, era muy honestísima, y sabía tanto, que preguntándole una muger que tenía una hija qué le enseñaría para que fuese buena, respondió: "Si quieres que tu hija sea buena, enséñale desde niña que tenga temor de salir de casa y vergüenza de hablar." Preguntóle otra qué haría con una hija que tenía que se le comenzava a levantar y a enamorar. Respondió: "El remedio para la moça alterada y liviana es no la dexar ociosa ni consentirle que ande bien vestida." Preguntóle un hombre casado que cuándo se allegaría a su muger. Respondió: "Quando querrás ser menos de lo que eres." Y más, en qué tiempo era bueno. Respondió: "Para el marido, siempre; para los estraños, en ninguno."

CUENTO XIV

Cierto philosopho pobre gentílico, por enseñar a pedir limosna a un hijo que tenía, algunos días llevávalo a las estatuas de piedra y hazía que les pidiesse con el bonete en la mano, y a cabo de rato, como no le respondiessen, bolví las espaldas. Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hazía aquello. Respondió: "Porque aprenda a tener pasciencia, la qual ha de ser naturalmente de los pobres."

CUENTO XV

Estando en corrillo ciertos hidalgotes, vieron venir un pastor a cavallo con su borriquilla, y tomándolo en medio por burlarse dél, dixéronle: "¿Qué es lo que guardáys, hermano?" El pastor, siendo avisado, respondiósles: "Cabrones guardo, señores." Dixéronle: "¿Y sabéys silvar?" Diziendo que sí, importunáronle que silvasse, por ver qué silvo tenía. Ya que hubo silvado dixo el uno dellos: "¿Que no tenéys más rezio silvo que éste?" Respondió: "Sí, señores, pero éste abasta para los cabrones que me oyen."

CUENTO XVI

Haviendo perdido cierto gentil hombre gran cantidad de dinero a primera de Alemaña, levantóse muy ayrado de la mesa, y desembaynando de su espada, dixo: "¿No ay aquí ninguno que se mate conmigo?" Como todo hombre callasse, a cabo de rato, por ser muy gran noche, assentóse en una silla a do luego fue adormido. Después levantándose otro desesperado, porque también había perdido, y desembaynando su espada dixo: "¿Quién es el que buscava que se matassen con él? Salga si es hombre de su palabra. Como el otro se huviesse despertado y lo oyesse, respondióle tomándole por la mano: "Hermano, dormid un poco sobre esse negocio como yo, que después hablaremos."

CUENTO XVII

Vino un gentilhombre de la corte a pasar en una venta, que la ventera era biuda, la qual tenía una hija de quinze años, y como fuesse en invierno, ya después de haver cenado, estándose todos escalentando al derredor del fuego, dixo la ventera: "¿Qué ay de nuevo en la Corte, señor? El gentilhombre por reyr le respondió: "Lo que ay de nuevo, señora, es que a mandado su Magestad, por falta que ay de gente para la guerra, que las mugeres ancianas casen con mancebos, y las moças con hombres ancianos". "Ay," dixo la hija, "en verdad, señor, que su Magestad no haze lo que deve, ni paresce bien esse mandamiento." Respondió la ventera: "Calla, rapaza, no digas esso, que lo que su Magestad manda está bien mandado, y parescerá bien a todo el mundo, y Dios le alargue la vida."

CUENTO XVIII

Comprado que hubo un notario a cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, a la rebuelta della estava una açada, y como la viesse el notario, di-/[a vij r]/xo: "Buen hombre, sobre esta carga de leña veo grandíssimo pleyto." Respondió el labrador: "¿De qué suerte?" Dijo el notario: "De suerte que hos he comprado la carga assí como estava y no podéys quitar el açada." Respondió el labrador: "En fin, que dezís que ay pleyto." "Sí que lo ay," dixo el notario. "Oíxte que lo ay," replicó el labrador. "Vayan diez reales que no me la podéys poner a pleyto." "Vayan," dixo el notario. "Y dos son," dixo el labrador: "¿Qué dize vuessa merced?" "Lo que digo es que por quanto hos he comprado la carga es mía la açada y todo." "Vuestra," respondió el labrador, "séalo mucho en hora buena, llévesela. ¡Ha! ¿Ve cómo no ay pleyto y son más las apuestas y sé más que no vos?"

CUENTO XIX

A un cierto viejo corríanle los mochachos sobre cierta cosa que le dezían. El qual, astutamente, por desviar que los mochachos no se la dixessen, compró confites, y topando con los que la dezían y los que no se acordavan dello, dávalos confites, diziendo: "Mochachos, tomad, porque me digáys esso que me soléys dezir." De allí adelante no les quiso dar más, y como los topava decía: "Mochachos, ¿por qué no me dezís lo que

solíades?" "No diremos si no nos /[a vij v]/ days confites. ¿Pensáis que somos bovos?" Y de esta suerte hizo acallar los mochachos de lo que tanto se corría.

CUENTO XX

Biviendo marido y muger como perro y gato, a causa de haverse casado muy contra su voluntad, viniendo un día a tal extremo que el marido la huvo de abofetear, y como ella supiesse que en días passados había muerto un vezino suyo sin nadie haver sentimiento dello, empeçó a desentonarle, diciendo: "A este traydor no ay justicia que le castigue, que piensa matarme, assí como a Hulano." No faltó quien lo sintiesse, que luego fue acusado, y según sus confessiones, condenado que lo ahorcassen. Ya que lo llevaban ahorcar, sopplícó que le dexassen hablar con su muger. Venida, y parándose en el camino, por el desseo que tenía la buena muger de ver el fin de sus días, le dixo: "Marido, ¿para qué hos paráis? Andando y hablando, no perdamos tiempo."

CUENTO XXI

Entrando un vezino en casa de un compadre suyo para ampralle un ducado, que tenía una grandíssima necesidad dél, y viendo que estava recostado en una silla medio durmiendo, por ver si estava despierto o no, /[a viij r]/ dixo: "Compadre, hazedme plazer de dexarme un ducado si no dormís." Respondió: "Duelmo." "¿Pues quién me responde?" Replicó: "Vuestro descuydo y mi provecho, pues no me bolvistes otro que el otro día os presté."

CUENTO XXII

Un rústico labrador desseoso de ver el Rey, pensando que era más que hombre, despidiósse de su amo, pidiéndole su soldada. El qual, yendo a la Corte, con el largo camino acabáronsele las blanquillas. Allegado a la Corte, y visto el Rey, viendo que era hombre como él, dixo: "¡O, pésete a la puta que no me parió, que por ver un hombre he gastado lo que tenía, que no me queda sino medio real en todo mi poder!" Y del enojo que tomó le empeçó a doler una muela, y con la pasión y la hambre que le aquejava no sabía qué medio se tomasse, porque dezía: "Si yo me saco la muela y doy este medio real, quedaré muerto de hambre. Si me como el medio real, dolerme ha la muela." E en esta contienda, arrimósse a la tabla de un pastelero, por yrsele los ojos tras los pasteles que sacava. Y acaso vinieron a passar por allí dos lacayos, y como le viessen tan embevescido en los pasteles, por burlarse dél, dixéronle: "Villano, ¿qué tantos pasteles te atreverías a comer de una comida?" Respondió: "Pardiez que me comiesse quinientos." Dixeron: "¡Quinientos! ¡Libre nos Dios del diablo!" Replicó: "¿Desso se espantan vuessas mercedes? Apostá que me como mil dellos." Ellos que no y él que sí, dixeron: "¿Qué apostarás?" "¿Qué, señores? Que si no me los comiere que me saquéys esta primera muela." El qual señaló la muela que le dolía. Contentos, el villano empeçó de jugar de diente con la hambre que tenía, muy a sabor. Ya que estuvo harto, paró, y dixo: "Yo he perdido, señores." Los otros, muy regozijados, y chacoteando, llamaron a un barbero, y se

la sacaron, aunque el villano fingidamente hacía grandes estremos. Y por más burlarse del, dezían: "¿Havéys visto este nescio de villano, que por hartarse de pasteles se dexó sacar una muela?" Respondió él: "Mayor necedad es la de vosotros, que me havéys muerto la hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolía." En oyr esto los que estavan presentes tomáronse a reyr de la burla que el villano les había hecho, y los lacayos pagaron, y de affrentados bolvieron las espaldas y se fueron.

CUENTO XXIII

ALlegándose a la ciudad de Sevilla un vizcayno y más que hidalgo, con su page detrás y escobilla y todo, passeándose por ella, encontró con un grande amigo suyo, el qual le conbidó a comer, sirviéndole a la mesa con escudilla y cuchareta de plata. Ya después de haver comido, saliéndose de la posada, díxole el page: "A buena ce, señor, mucho honra tienes hecho este tu amigo." "¿Qué honra hecho, rapaz, qué honra comer con escudillo y cuchara plata? ¿Desso espantas, villano? De terciopelo la merescía yo."

CUENTO XXIV

Preguntó un mercader a un corredor de oreja: "Fulano, ¿qué ay de nuevo en lonja?" Respondió: "Ninguna cosa ay, señor." Y haviéndoselo preguntado por diversas vezes y él siempre acudiendo que no había nada que contar, supplicóle un día que le contasse alguna mentira. Respondió: "Mentira, señor, ¿quiere que se la diga? No se la diré que no me la pague muy bien." "¿Pagar? ¿y por qué? Replicó: "Porque en su casilugar me da de comer."

CUENTO XXV

Uno que presumía de ser poeta, porque le tuviessen en reputación de alguna cosa, en qualquier obra hallava reproche, y dezía mal de un cierto componedor, al qual viniéndole conferenciantes nuevos, respondió: "Fulano no es señor de su boca, pues yo /[b j v]/ puedo ser señor de mis oydos, y el sufrir está en oyr, y no en dezir."

CUENTO XXVI

Hablándole a un mancebo labrador si quería casarse con una moça del mismo pueblo, respondió que no, porque le habían dicho que era gran comedora de pan y que no podría él mantenerla, por no tener más de lo que ganava cada día con sus manos. Sabido por la moça, encontróse con él en la plaça, y díxole: "Sabido he que no queréys casaros conmigo porque dizen que soy gran comedora de pan. ¿Sabéys cuánto lo soy que me obligo con solo este mendrugillo de pan que traygo en el arremango de la saya, de beberme un cántaro de vino?" Respondió el mancebo: "Tanto peor, quedad con Dios."

CUENTO XXVII

Estava un astrólogo mirando al tiempo que su muger yva de parto en qué signo nascería la criatura, y halló que le nascieron de un parto dos hijos, y que el primero havía de ser un gran cortabolsas, y el segundo un gran matador, de lo qual rescibió tanta tristeza el astrólogo que, no pudiendo dissimularla, la conosció su muger y le dixo: "Señor, dadme parte de vuestra fatiga, /b ij/ porque yo la remedie." Dixo el marido: "Habéys de saber que hallo según mi setencia que el primero de nuestros hijos ha de ser cortabolsas, y el segundo gran matador." Dixo entonces la muger: "En la mano está el remedio: al primero, hazeldo bolsero, y cortará bolsas, y al segundo carnicero, y matará carneros."

CUENTO XXVIII

Un vizcayno hizo una carta a su padre diziendo assí: "Señor padre, antes de hazer carta escrivo en ella un cruz, con un bésame las manos. Hágote saber que oficio que aprendido tienes es trasquiladero, xabonas barbas y cabeças, y a poco a poco mirando personas me hago persona. Al tiempo que no trabajas, por ocio no estar, aprendo xaques y mates, o me hallarás rascando pança, torciendo oreja a la que bozes tienes y gritos como a mosiquero. A señor madre dirás que embíe un camisa con un moixcadero de moixcar narizes. Escrita en año de vij, i.dos.ff. y vii.z.en.r. y en.o. de mes de huvas si cuentas sabes. Amén."

CUENTO XXIX

En una villa, haviendo acabado un vizcayno de labrar el campanario de la yglesia, y los dineros que dél huvo, acaes-/b ij v/ ció que tenían un hombre para justiciar, y por no tener verdugo fueron al vizcayno a dezirle que si lo quería ahorcar que le darían un ducado y la ropa, el qual fue contento. Y de ver en quán poco tiempo havía ganado tanto, y hallándose un día sin dineros subiósse al campanario, y a repique de campana acudió todo el pueblo, y en verlo junto assomósse, y díxoles: "Señores, yo llamado sus señorías. Has de saber que blanca no tienes; ya te acuerdas que por colgar hombre el otro día distes ducado; agora he pensado un cosa, y es que a chico con grande holgaré de ahorcar todos los del villa a medio ducado cada uno, pues no tienes haciendas."

CUENTO XXX

Llamava a la puerta de su dama un galán, y ella ya moyna, aunque lo conocía, díxole que quién era. Respondióle él muy requebradamente: "Señora, es un servidor suyo." Respondió ella entonces: "Y aun por esso hiede tanto."

CUENTO XXXI

Navegando en una nave cierta compañía de soldados, tomóles tan gran tormenta que, desconfiados de los remedios humanos, se pusieron todos en oración, suplicando a Dios los librase de tanto mal. Y un soldado, en lugar de hazer lo mismo, fuese al aposento del capitán, y començó de comer de lo mejor que allí halló. Maravillado el sargento de ver aquello, díxole:

"¿Qué determinas, soldado,
ahora con tu comer?"
Respondió: "Pese a mal grado
bien es que coma un bocado
quien tanta agua ha de beber."

CUENTO XXXII

Tenía un gran señor entre otros criados uno muy diligente en saber escrevir todo lo que de nuevo acontecía, assí de burlas como de veras. Aconteció que estando el señor sobremesa, mandóle que le truxesse el libro de las novedades, y trahído, vio en el principio de una hoja que dezía assí: "El duque mi señor hizo tal día una nescedad en dar quinientos ducados a un alquimista para que con ellos fuese a Ytalia a traher aparejos para hazer plata y oro." Dixo entonces el señor: "Y si vuelve ¿qué tal quedarás tú?" Respondió el criado: "Si bolviere, quitaré a vuessa señoría y porné a él."

CUENTO XXXIII

Requebrándose un galán con una dama le dixo: "Desde agora protesto, señora mía, de serhos muy servidor, pues a más de dozientos años que no he visto otra tan hermosa como vos." Respondió ella: "No quiero servidor tan viejo."

CUENTO XXXIV

Estando dos mancebos esgrimiendo con las manos en una sala, el uno dellos sintiéndose lastimado de un golpe que había rescebido, bolvióse a un aparador que estaba detrás y apañó de un majadero que estaba allí para darle con él. Su contrario que lo vido, dixo: "No, no, ¿dos contra mí?, yo me doy por vencido."

CUENTO XXXV

Havía un philosopho que tenía por opinión que no havia más de tres hed[a]des(3) en el hombre, que son infancia, juventud y senectud, y por esso saludava a la gente de tres maneras. A la infancia dezía: "En hora buena vengáys;" a la juventud: "En hora buena estéys;" a la senectud: "En hora buena vays." Preguntado por un amigo suyo qué significava aquello, respondió que al mocho dezía: "en hora buena vengas," porque

venía al mundo, y al mancebo: "en hora buena estés," porque está en aquella hedad tan florida, y al viejo: "en hora buena vays," porque va camino de la sepultura.

CUENTO XXXVI

Llevavan açotando a un ladrón y rogava al verdugo que no le diesse tanto en una parte, sino que mudasse el golpear. Respondió el verdugo: "Callad, hermano, que todo se andará."

CUENTO XXXVII

Estavan unos ladrones desquiciando una puerta para robar lo que havía en la casa. Sintiéndolo el dueño de la posada assomósse a una ventana y dixo: "Señores, de aquí a un rato venid, que aún no somos acostados."

CUENTO XXXVIII

Andava un pobre pidiendo por amor de Dios por los ropavegeros de Salamanca, y a grandes bozes dezía: "Acordahos, señores, de la pasión de Dios." Díxole un estudiante: "Hermano, passad vuestro camino, que aquí testigos son de vista."

CUENTO XXXIX

Subía un truhán delante de un rey de Castilla por una escalera y, parándose el truhán a estirarse el borzeguín, tuvo necesidad el rey de darle con la mano en las nalgas para que caminasse. El truhán, como le dio, echósse un pedo. Y tratándolo el rey de vellaco, respondió el truhán: "¡A qué /[b iij v]/ puerta llamara vuestra Alteza, que no le respondieran!"

CUENTO XXXX

Estando sirviendo a la mesa de su señor un page gran trobista, no pudiendo hazer más affloxósse por baxo, y porque no tuviesse dello su amo sentimiento, començó de torcer el pie por tierra haziendo ruydo. Pero el señor, sintiendo lo que passava, díxole graciosamente: "¿Qué, búscasle consonante?"

CUENTO XXXXI

Un mochacho llevaba dos redomas de vino por la calle y, por apartarse de una bestia, quebró la una con la otra, y entrando llorando por su casa, preguntóle su amo (que se

dezía Beltrán) la causa porque llorava. Respondió: "He quebrado, señor, la una redoma." "¿Y de qué manera?" dixo el amo. Entonces el mochacho dio con la redoma que trahía quebrada en la sana e hízola pedaços, diziendo: "De esta manera la quebré, señor." El amo, con paciencia respondió: "Habla Beltrán, y habla por su mal."

CUENTO XXXXII

Un cavallero entró en una venta solo, que llegava de camino, y uno de ciertos mercaderes que estavan comiendo díxole cómo se llamava. Respondió, pensando librar mejor, que don Joan Ramírez de Mendoza y de Guzmán. Dixo el mercader: "Si viniera solo vuessa merced combidáramosle, mas para tantos no ay aparejo."

CUENTO XXXXIII

Un padre embió a su hijo a Salamanca a estudiar, y mandóle que comiesse de lo más barato. El moço en llegando, preguntó qué valía una vaca. Dixéronle que diez ducados, y que una perdiz valía menos de un real. Dixo entonces: "Según esso, perdizes manda mi padre que coma."

CUENTO XXXXIV

Estando en un sarao de damas ciertos cavalleros concertados de requebrarse cada uno con la suya, y como al más galán le cupiesse la más fea, echósse a sus haldas, y como no le dicesse ningún requiebro, preguntóle otro cavallero qué era la causa. Respondió: "He miedo que me diga de sí."

CUENTO XXXXV

Concertó con un pintor un gentilhombre que le pintasse en un comedor la cena de Christo, y por descuydo que tuvo en la pintura, pintó treze apóstoles, y, para dissimular su yerro, añadió al trezeno insignias de correo. Pidiendo, pues, la paga de su trabajo, y el señor rehusando de dársela por la falta que havia hecho en hazer treze apóstoles, respondió el pintor: "No resciba pena vuessa merced, que esse que está como correo no hará sino cenar y partirse."

CUENTO XXXXVI

Fue un amigo a visitar a otro que estava malo de unos palos que le havían dado, el qual era gran jugador del triunfo, y como entrasse y viesse a la cabecera una espada corta que

siempre trahía consigo, le dixo: "¡Cuerpo del diablo con vos, pues salió el triunfo de bastos, atravessárades la espadilla!"

CUENTO XXXXVII

Eran dos amigos, el uno texedor y el otro sastre. Vinieron por tiempo a ser enemigos, de tal manera que el sastre dezía en ausencia del texedor mucho mal, y el texedor mucho bien en ausencia del sastre. Visto por una señora lo que passava, preguntó al texedor qué era la causa que dezía bien del sastre, diziendo el otro tanto mal dél. Respondió: "Señora, porque mintamos los dos."

CUENTO XXXXVIII

Un tendero dava de menos en todo quanto vendía y, acusándole por tiempo su consciencia, comunicó con su muger /*[b vij r]*/ el remedio que le ternía. Y ella respondió: "El remedio será que de aquí adelante tratemos en lana, y, assí como en las cosas de la tienda dávamos de menos, assí en el peso de la lana daremos de más a las hilanderas."

Entendido por el marido el mal consejo de la muger, dixo: "Doblado engaño es esse."

CUENTO XXXXIX

Haviendo un cavallero muerto una grulla, mandó a su cozinero que la assasse, y, como el señor tardasse, comiósse el cozinero la una pierna. Y venido el señor, y puesta la grulla en la mesa, dixo: "¿Qué es de la otra pierna?" Respondió el cozinero que no tenía más que una. Calló por entonces el señor, y quando fue otro día a caça de grullas, dixo el cozinero: "Mire, señor, que no tienen más de una pierna", (y es porque acostumbran de tener la otra alçada). Entonces el cavallero fue hazia ellas y díxoles: "¡Oixte!" Y bolaron cada una con sus dos piernas. Y dixo el cavallero: "¿Ves como tiene cada una dos piernas?" Respondió el cozinero: "También si a la que estava en el plato dixera 'oixte', sacara su pierna."

CUENTO L

Huvo un çapatero de muy flaca memoria llamado Pero Díaz, el qual havia prestado un ducado, y no se acordava a quién. Dávale tanta pena esta ymaginación que lo dixo a su muger. Y ella diole por consejo que a qualquiera que le dixesse 'Buenos días, Pero Díaz', que le respondiesse: 'más querría mis dineros', porque quando lo dixesse a quien no le devía nada, passaría adelante. Haziéndolo assí, quando encontró con quien le devía el ducado, dixo: "Yo hos lo daré sin que me lo pidáys dessa manera." Y assí vino a saber quién le devía el ducado, y a cobrarlo.

CUENTO LI

Rescibió un cavallero por criado un moço, al parescer simple, llamado Pedro, y por burlarse dél, diole un día dos dineros, y díxole: "Ve a la plaça, y tráheme un dinero de huvas y otro de aix." El pobre moço, comprado que hubo las huvas, se reían y burlavan dél, viendo que pedía un dinero de aix. Conosciendo que su amo lo havía hecho por burla, puso las huvas en la capilla de la capa, y encima dellas un manojo de ortigas, y llegado a casa, díxole el amo: "¿Pues, trahes recaudo?" Dixo el moço: "Sí, señor, ponga la mano en la capilla, y sáquelo." Puesta la mano, encontró con las ortigas, y dixo: "¡Aix!" Respondió el moço: "Tras esso vienen las huvas, señor."

CUENTO LII

Contendiendo un portugués y un castellano en Sevilla sobre cuál era mejor rey, el de España o el de Portugal, vino a desmentille el Portugués, por do el castellano le dio una cuchillada. Después el mesmo castellano aportó en Lisboa. El portugués, en verle, fue a tomar parescer de un amigo suyo presidente que si le daría otra cuchillada al castellano. Respondióle que no, pero que juntasse con él y le dicesse que cuál rey le parecía mejor: el de España o el de Portugal, y que si dezía que el de España, que le dicesse una cuchillada, y si el de Portugal, que lo dexasse estar. Ydo el portugués interrogó su demanda, el qual respondió que el rey de Portugal era mejor rey. Dixo el Portugués: "¿Por qué no defendes tu rey, majadero?" Respondió el castellano: "Porque cada gallo canta en su gallinero."

CUENTO LIII

Cierto señor de salva preciávase tanto en dezir mentira, en especial en contar casos hazañosas(4) que le havían acontescido en la guerra, para lo qual allegava por testigo de vista a un mayordomo suyo, hombre de mucho crédito. Una vez, el señor desbaratándose en contar cierta mentira, dixo: "Mi mayordomo hará fe que passó assí." Corrido el mayordomo, dixo: "Señor, no sé tal cosa." Rescibió tanta affrenta el señor de su respuesta que lo mandó poner en la cárcel. Pero ya que lo hizo soltar, no dexando de hazer lo mismo, tanto que, offresciéndosele en otro caso semejante allegar con su mayordomo, y, preguntándole si era como él dezía, le respondió: "Señor, a la cárcel me voy."

CUENTO LIV

Havía un tavernero muy diestro en baptizar el vino, con lo qual allegó a tener quinientos ducados. Y tomando la dicha cantidad embuelta en un paño colorado, se fue a comprar vino fuera de la ciudad. Y por el gran calor que hazía le fue forçado apearse junto a una fuente, a do se assentó, y sacó los dineros y púsolos cabe sí. Viendo un águila que yva bolando el paño colorado con que estavan atados, pensando que era algún pedaço de

carne, apañó súbitamente dellos. El tavernero, siguiéndola de rastro, vido que se le cayeron, con el peso tan grande, en medio de una laguna de agua, do provó por diversas vezes de entrar por ellos. Y por ser tan sobrada el agua, determinó de- /b viii r/ xarlos, diziendo: "Vaya en buena hora mi bien, que de donde salió se bolvió."

CUENTO LV

Un cavallero vino a posar en uno de dos mesones que estavan a los lados de una cruz de piedra, y pidió para su curtau medio celemín de cevada, y buelto a regonoscelle, halló que le havían quitado della. Salió a la puerta y dixo razonando con la cruz: "¡O, Señor, y hasta aquí hos havéys puesto entre dos ladrones!" Respondió el mesonero del otro mesón, que estava a la puerta: "Señor, ¿y qué merezco yo?" Dixo el cavallero: "Sed vos el que se salvó, y callá."

CUENTO LVI

Viniendo un soldado de Ytalia muy próspero, fue combidado por un grande amigo suyo. Estando en la mesa, havía un estraño dezidor, que tenía fama de judío, el qual, por tratar al soldado de puto, tomó con la punta de un cuchillo el obispillo de la gallina y púsoselo delante diziendo: "Xaque." Entonces el soldado de presto tomó assí mesmo una lonja de tocino, y púsosela delante diziendo: "Mate."

CUENTO LVII

Teniendo celos un viejo de su muger, por ser moça y hermosa, de un cierto amigo suyo mercader biudo, cayó malo de cierta enfermedad, de la qual no dándole vida, llamó a su muger, diziéndole: "Ya sabéys, señora mía, que no puedo escapar de aquella dolencia de muerte. Lo que hos supplico es (si plazer me havéys de hazer) que no hos caséys con este amigo mío que suele venir a casa, de quien algunos celos he tenido." Respondió la muger: "Marido, aunque quiera no puedo, porque ya estoy prometida con otro."

CUENTO LVIII

Una muger de un rústico labrador tenía amores con un licenciado, el qual era compadre de su marido. Y el labrador combidóle un día a un par de perdizes. Como la muger las huviesse assado y se tardassen, y a ella le creciesse el apetito, se las comió. Venidos a comer, no tuvo otro remedio sino dar a su marido la cuchilla que la amolasse. Estándola amolando, acercósse al licenciado y dixo: "Yhos de presto, señor, que porque mi marido ha sabido de nuestros amores, hos quiere cortar las orejas. ¿No veys cómo amuela la cuchilla?" Él entonces dio de huyr. Dixo la muger: "Marido, el compadre se lleva las perdizes." Saliendo el labrador a la puerta con la cuchilla en la mano, de- /c j r/ zía:

"¡Compadre, a lo menos la una!" Respondió el licenciado: "¡O, hideputa! ¡Ni la una, ni las dos!"

CUENTO LVIV

Eran dos amigos, que el uno tenía fama de ladrón y el otro de covarde. Y estando entre muchos amigos en chacota, apostaron a correr con el covarde, y el quesolía usar de presas dixo: "No corráys con él que perderéys, porque es hombre que se vale mucho de los pies." Respondió el otro: "Ygual es de pies que de manos."

CUENTO LX

Fue un soldado muy feo, con un guárdenos Dios por la cara, que yva detrás de una muger fea diziéndole: "Perla graciosa, bolvehos, y vea yo este hermoso rostro." Bolvióse la muger, y en verle, dixo: "Esso no puedo dezir yo de vuessa merced." Respondió él: "Bien podríades mintiendo como yo."

CUENTO LXI

Huvo un galán gran componedor de versos y epitaphios para sepulturas que en otro no se ocupava ni tenía gracia. Este sirvía una dama, y corriendo su caballo delante della, cayó súbitamente el cavallo en tierra y murió. La dama, por burlarse dél, díxole: "Señor, veamos qué epitaphio le pornéys en su sepultura, por haverse muerto delante de mí." Dixo: "Señora, éste: si los rocines se mueren de amores, ¡hay, triste de mí, qué harán los hombres!"

CUENTO LXII

Estando contendiendo muchos amigos y tratando de las rentas que los grandes tienen en Castilla, dezía el uno: "Yo querría ser duque del Infantazgo;" el otro, "conde de Benavente;" el otro, "marqués del Vasto;" el otro, "arçobispo de Toledo." Huvo uno dellos que dixo: "Yo querría ser melón." Preguntado por qué, dixo: "Porque me oliéssedes en el rabo."

CUENTO LXIII

Una moça aldeana llevaba delante de sí una burra que, por yr a su mismo lugar, do tenía un pollino, caminava más que la moça. Encontrándose con un cortesano, díxole: "Hermana, ¿de dónde bueno soys?" Respondió ella: "Señor, de Xetafe." "Dezíme, ¿conoscéys en esse lugar la hija de Lope Hernández?" Dixo ella: "Muy bien la conozco." "Pues hazedme tan señalado plazer que de mi parte le llevéys un beso." Respondió ella: "Señor, délo a mi burra porque llegará antes que yo."

CUENTO LXIV

Un villano yva cavallero en un rocín muy largo y flaco. En el camino encontrándose con un cavallero, díxole, por burlarse con él: "Hermano, ¿a qué precio vendéys la vara de rocín?" Respondió de presto el villano, alçando la cola de su rocín: "Señor, entrad en la botica, y dezíroslo han."

CUENTO LXV

Un caminante entró en una viña por comer huvas. Estándolas comiendo, vino la guarda y pidióle prenda. Respondió el caminante: "Hermano, yo no soy entrado aquí para comer, sino para cagar." Dixo la guarda: "Pues mostrá dónde havéys cagado." Cansados de yr los dos por la viña, encontraron con un depósito de buey. Dixo el caminante: "¡Ha! ¿Veys aquí dónde cagué?" Respondió la guarda: "No es verdad, porque essa mierda es de buey." Dixo el caminante: "Fuerte cosa es la vuestra: si quiero cagar mierda de buey vedármelo eys vos."

CUENTO LXVI

Un collegiano del collegio del arçobispo de Sevilla, estando comiendo a la mesa y el repartidor repartiendo sus raciones a cada uno, descuydósse de dar carne al dicho collegiano. Él, no sabiendo de qué /[c ij v]/ modo pedilla, vido que un gato le estava mahullando delante. Él entonces dixo a bozes bien altas que el mismo repartidor lo oyese: "¿Qué diablos me estás moliendo? Aún no me han dado la carne y ya me pides los huesos."

CUENTO LXVII

En un banquete que tenía hecho un cavallero a ciertos gentiles hombres, servía un page a la mesa muy goloso. Y como trahían al principio de la comida unos pedaços de longaniza a la mesa del señor, de presto se puso un pedaço en el escarcella. Venido delante de su señor y visto cómo le assomava la longaniza por la bolsa, díxole al page: "Di, page, ¿qué moneda corre? Respondió, viendo que era descubierto: "Señor, longanizas."

CUENTO LXVIII

Un texedor de terciopelo, presumiendo de ser muy hidalgo, dexó de seguir su officio, diziendo que havia hallado que era cavallero, y assí jamás se partía de entre cavalleros. Vino una vez a hallarse en casa de una señora que se hazía llamar doña Joana, la qual secretamente hazía plazer a sus amigos, y como éste le pidiesse celos de un gentilhomme,

haziendo mil fieros que lo ha- /c iij r/ vía de matar, por tratalle de hombre de baxa mano, le dixo ella: "Señor, si le matáys no escaparéys de ahorcado." Respondió él: "Antes sí, con pedirme vuessa merced."

CUENTO LXVIV

Tenía un aldeano una muger hermosa, la qual se rebolvía con un criado de casa. Y como el marido lo sospechasse, ella, por deshazelle la sospecha, díxole un día: "Señor marido, havéys de saber que por haverme requerido de amores mi criado, y porque vos veáys si es assí, le he prometido esta noche de aguardarle junto de la puerta del corral; por tanto conviene que hos vistáys de mis vestidos para aguardalle en el mismo lugar." Dicho esto, fuese al criado y, contado su negocio, díxole: "Toma un palo, y en venir que le veas vestido de mis vestidos, dale con él, diziendo: "Tan ligeramente me havías de creer, perra traydora, que esto no lo hazía sino por provarte."" En fin venidos al puesto, haviendo rescebido los palos el cornudo dixo a su criado: "A no ser tú tan fiel como lo has mostrado, se pudiera dezir por mí cornudo y apaleado." "Mas no," dixo el criado, "sino sobre cuernos penitencia."

CUENTO LXX

Passeándose por fuera de la ciudad una /c iij v/ tarde dos pacíficos, honrados y buenos hombres que yvan en busca de sus mugeres, oyeron cantar un cuquillo, y dixo el uno dellos: "Por vos ha cantado el cuquillo, compadre." "No, sino por vos," dixo el otro. Vinieron en tanta contienda sobre esto que fueron delante el juez para que lo averiguasse. Viendo el juez la locura dellos, díxoles formar processo, y al cabo de haver gastado algunas blanquillas, sentenció diziendo: "Havéys de saber, buenos hombres, que por mí ha cantado el cuquillo; andad con Dios."

CUENTO LXXI

Estando en Salamanca muchos estudiantes en chacota, el uno dellos tirósse un pedo callado, o de quistión, como suelen dezir. Escusándose todos de lo hecho, dixo el más ressabido: "Hulano lo hizo; yo lo sé cierto sin falta." Respondió el acusado: "Dize verdad, porque él ya tiene gustados mis pedos."

CUENTO LXXII

Comiendo en una aldea un capellán un palomino assado, rogávale un caminante que le dexasse comer con él y que pagaría su parte, y, no queriendo, el caminante comió su pan a secas, y después dixo: "Havéys de saber, reverendo, que vos al sabor y yo con el olor, entrambos havemos comido del palomino aunque no queráys." Respondió el capellán: "Si esso es, vuestra parte quiero que paguéys del palomino." El otro que no y él que sí, pusieron por juez al sacristán de la aldea, que estava presente, el qual dixo al capellán que

quánto le havía costado el palomino. Dixo que medio real. Mandó que sacasse un quartillo el caminante, y el mismo sacristán lo tomó, y, sonándole encima de la mesa, dixo: "Reverendo, tenehos por pagado del sonido, assí como él del olor ha comido." Dixo entonces el huésped: "Al buen capellán mejor sacristán."

CUENTO LXXIII

Un ciego escondió cierta cantidad de dineros al pie de un árbol en un campo que era de un labrador riquísimo. Un día, yendo a visitallos, hallólos menos. Ymaginando que el labrador los huviesse tomado, fuese a el mismo y díxole: "Señor, como me parecéys hombre de bien, querría que me diéssedes un consejo, y es que yo tengo cierta cantidad de dineros escondida en un lugar bien seguro; agora tengo otros tantos, y no sé si los esconda donde tengo los otros o en otra parte." Respondió el labrador: "En verdad que yo no mudaría lugar, si tan seguro es esse como vos dezís." "Assí lo pienso hazer," dixo el ciego. Despedidos los dos, el labrador prestamente tornó la cantidad que le havía tomado en el mismo lugar por coger los otros. Buelto el ciego, cogió sus dineros, que ya perdidos tenía, muy alegre, diziendo: "Nunca más perro al molino; de aquesta quedo escarmentado."

CUENTO LXXIV

Cierto mercader púsose en la faltriquera cincuenta reales para darlos a uno que los devía. Acaso estando arrodillado oyendo missa, sintió cómo un ladrón le hurgava la faltriquera, por do le dixo: "Cate, hermano, no de aqessos, que están contados."

CUENTO LXXV

Com naturalment és de pràctica, que quant porten a soterrar algú, demanar als capellans qui és lo que porten, per saber si és home o dona, o persona coneguda, demaní un dia a un capellà, portant una dona a soterrar: "Diga, reverent, qui és lo cos." Respongué: "No és cos, sinó faldetes."

CUENTO LXXVI

Arrodillándose un aguazil real llamado Valdovinos delante un presidente de Granada, para que le firmasse cierta pro- /c v [j] r/ visión, no pensándolo hazer, tirósse un pedo a medio tono, de lo qual huvo sentimiento un cavallero que estava en el mesmo aposento, apasionado del mesmo mal, y dixo: "Sospirastes, Valdovinos, las cosas que yo más quería." Oyendo la gracia, dixo el presidente: "Yo nunca he visto hasta agora que ningún aguazil tenga poder de soltar, sino de prender." Respondió el aguazil: "Pues sepa Vuessa Señoría que necessidad no tiene ley."

CUENTO LXXVII

Pedía un labrador a otro amigo suyo, dentro en su misma casa, que le prestase un asno que tenía para ir con él a la ciudad. El otro, escusándose que no lo tenía, que ya lo había prestado a otro, sucedió que en este medio comenzó de roznar el asno en el establo. Entonces dixo el que se lo demandava: "Dezí, compadre, ¿no es aquel que rozna vuestro asno?" Respondió el dueño: "Rezia cosa es la vuestra, compadre, que más crédito tiene el asno que yo." "Assí me paresce." "Pues entrad por él."

CUENTO LXXVIII

Estando en conversación un rey de Aragón una noche con muchos grandes señores, y tratando de sueños, dixo un gentil hombre de su casa: "Pues sepa Vuesa Alteza que esta noche passada soñé que de su mano era armado cavallero, y me proveyó de muy buenas armas y cavallo." A esto le respondió el rey: "Pues assí es, razón será que se cumpla tu sueño." Y allí le armó cavallero y le dio largamente de comer. Oyendo esta grandeza otro criado, hijo de un cavallero muy rico, desseoso de cierta villa, aguardó que el rey estuviesse en semejante conversación que la passada, y viendo su lance le dixo: "Sepa Vuesa Alteza que soñé la otra noche que me hazía merced de tal villa." Conociendo el rey la trampa y cobdicia de este su criado, respondió: "Andá de ahí, no creáys en sueños."

CUENTO LXXIV

Una cortesana, siendo poco su caudal y haviendo empleado todo su axuar en gadameciles para un pequeño aposento que tenía, vino un galán a visitalla, y ella le dixo: "¿Qué le paresce, señor, de mi pobre posada?" Respondió: "Parésceme que es como el lechón, que lo mejor que tiene son los cueros."

CUENTO LXXX

Biviendo con un gran señor muchos criados, dávaless tan poco salario, y tan mal pagado, que passavan con harto trabajo. Dexado esto aparte, tenía otro que, si acaso en su casa se le moría alguno de sus criados, gastava tan largo en su enterramiento, que era cosa de extremo. Visto esto por un truhán suyo, dixo: "Con este señor, mejor partido es morir que bivar."

CUENTO LXXXI

Estavan en corte juntos en una posada por ciertos negocios un poeta y un músico, a los cuales servía un solo criado. Y estando los dos una noche platicando, dixo el uno al otro: "¿Qué hos paresce, señor, en qué reputación tienen estos cortesanos a los poetas y

músicos, que nos llaman hombres sin seso?" "Para esso buen remedio," dixo el otro. "Ven acá, moço. Mañana trayrás un par de cabeçuelas de cabrito. Toma, ves ahí los dineros." El moço, comprado que hubo por la mañana las cabeçuelas, y puestas en el punto para comer, viendo que sus amos se tardavan de venir, aquejado de la hambre sacó los sesos, y, comidos, atólas como se estaban. Puestos sus amos a la mesa, y ellas delante vazías, dixéronle assí: "Ven acá, moço. ¿Qué es esto?" "Señores músico y poeta, que carescen de sesos."

CUENTO LXXXII

Un cavallero en Sevilla tenía amores y acostamiento de una cortesana, la qual se rebolvía con un mercader indiano muy mulato. Estando un día en conversación entre muchos cavalleros, dixo éste hablando de las cortesanas de Sevilla: "Hulana es harto hermosa, si no fuesse un poco suzia. Y Hulana desgraciada, y Hulana soberbia, y Hulana interessada." Huvo uno dellos que le dixo: "La vuestra, señor, me paresce que por ser honesta se viste de negro."

CUENTO LXXXIII

Allegando dos vizcaynos que venían de camino a una venta, preguntaron si havía algo que cenar. Dixo la huéspedea que no tenía sino un panal de miel. Respondió el uno dellos: "No entiendes, señora, qué cosa es panal de miel." Dixo el otro su compañero, presumiendo de muy agudo: "Dexa estar, señora, este mi compañero, que es asno; pon una tajada a assar."

CUENTO LXXXIV

Un cavallero dio a un criado suyo vizcayno unas turmas de carnero para que se las guisasse, y a causa de ser muy ignorante diole en un papel por escripto cómo las havía de guisar. El vizcayno púsolas sobre un poyo. Vino un gato; llevósse las turmas. A la fin no pudiendo havellas, teniendo el papel en las manos, dixo: "¡A, gato, gato! Poco te aprovechas llevallas, que sin éste no sabrás guisallas."

CUENTO LXXXV

Entró en los estrados con su espada un cavallero en la Chancillería de Granada, por solicitar cierto pleyto que tenía, y como en semajante(5) lugar no se puede entrar con espada, llegósse a él un portero que tenía un Dios hos salve por la cara a tomársela, el qual le rogó que se la dexasse. No aprovechando nada, quitósela él mismo de la cinta, y dándosela, dixo: "Tomad, hermano, pero yo hos prometo a fe de quien soy que no tiene ella la culpa."

CUENTO LXXXVI

Passeávase un galán delante unas damas que todas eran morenas, a las quales llegó un pobre a pedir limosna, y ellas embiáronle al galán, el qual le dio medio quarto. Llamándole ellas al pobre, y sabiendo la dádiva que le havia dado, corríanle, diziendo: "¿Pues cómo, señor, no havia un quarto en poder de vuessa merced?" Respondióles él: "No se maravillen vuessas mercedes que en mí no aya un quarto, pues en vosotras no ay una blanca."

CUENTO LXXXVII

Passeávase un músico tiple y capado por delante de un ropavegero, famosísimo judío, viejo y retajado, el qual, por burlarse del músico, le dixo: "Señor, ¿cómo le va a su gavilán sin cascaveles?" Respondió el capado: "Assí como al de vuessa merced sin capirote."

SEGUNDA PARTE

ESTANÇA.

*Aquí se cumple, amigos, la promesa
que en el sarao de amor fui prometiendo;
aquí se acaba y da fin Sobremesa,
sus cuentos en dos libros repartiendo.
Aquí se humilla y lleva por empresa
a toda corrección y ríe poniendo;
aquí pide y supplica a los lectores
que emienden y perdonen sus errores.*

CUENTO PRIMERO

Haziendo un capitán cierta compañía de soldados, vino a recoger tantos que, haciendo resseña de todos, despidió muchos. Viniendo a despedir un mancebo sin barbas, díxole el mancebo: "Mi señor capitán, ¿qué es la causa que me despide vuessa merced?" Viéndole tan bien criado, fuele forçado responder, diziendo assí: "Mirad, amigo, no hos despido sino porque no tenéys barba, que el soldado parece mal sin ella." Dixo el mancebo: "¿Y qué tanta barba es menester que tenga, señor?" Respondió el capitán: "Quanta se pueda tener un peyne en ella." Entonces el mancebo sacó un peyne y metióselo por la carne en

la barba. Maravillado el capitán de caso tan hazañoso, no solamente lo rescibió, mas hízolo su sargento.

CUENTO II

De antigono rey escribe Séneca en el tercero libro de la yra que, como los mayores de su reyno estuviessen juntos y /d ij v/ hablassen mal dél y él los oyesse estando detrás de un paramento, les dixo: "Hablad quedo, cavalleros, que el Rey hos oye."

CUENTO III

Léese de Vespasiano que, como un cavallero suyo le dixesse palabras pesadas y de reprehensión por ciertos descuydos en que havia cahído, le respondió muy mansamente y con gran pasciencia, diziendo: "Tus palabras son dignas de risa, y mis yerros de emienda."

CUENTO IV

Venido un embajador de Venecia a la corte del Gran Turco, y dándole audiencia a él juntamente con otros muchos que havia en su corte, mandó el Turco que no le diessen silla al embajador de Venecia, por cierto respecto. Entrados los embaxadores, cada qual se assentó en su devido lugar. Viendo el veneciano que para él faltava silla, quitósse una ropa de magestad que trahía de brocado hasta el suelo y assentósse sobre ella. Acabando todos de relatar sus embaxadas y hecho su devido acatamiento al Gran Turco, saliósse el embaxador veneciano, dexando su ropa en el suelo. A esto dixo el Gran Turco: "Mira, christiano, que te dexas tu ropa." Respondió el embaxador: "Sepa su Magestad que los embaxadores de Venecia no acostumbran llevarse las sillas en que se assientan."

CUENTO V

Estando un gran señor comiendo a su mesa y los criados con las espaldas bueltas al aparador, entró un ladrón y tomó uno de los mejores platos que havia. Y viendo el ladrón que el señor lo estava mirando, hízole señas que callasse, y fuese. Hallándose el plato menos al recoger de la plata, dixo el señor: "No hos lo cumple buscar, que un ladrón se lo ha llevado, que yo lo he visto." "Pues ¿por qué no lo dezía Vuestra Señoría?" Respondió el señor: "Porque me mandó que callasse."

CUENTO VI

En presencia del rey de Nápoles y otros muchos cavalleros, truxo un lapidario infinitísimas piedras preciosas. Ya después de haver vendido muchas, halló menos un

diamante riquísimo, y dixo: "No creo yo que en presencia de Vuestra Alteza se me pierda un diamante que me falta." Entonces el rey, como prudente, mandó traer un plato lleno de salvado, y mandó que todos pusiesen la mano cerrada en el plato, assí como él haría, y la sacassen abierta. Hecho esto, mandó que mirasse el lapidario el plato, y halló su diamante.

CUENTO VII

En un banquete, estando el señor que lo hazía en la mesa, vido cómo uno de los combidados se escondió una cuchareta de oro. Él, por el consiguiente, se escondió otra. Viniendo por diversas vezes a la mesa el guardaplata, por buscar las cucharetas que le faltavan, dixo el señor: "Toma, descuydado, toma esta cuchareta, que el señor Hulano te dará la otra, que no lo hazíamos sino por provarte."

CUENTO VIII

A una dama que era gran dezidora no había persona que le hiziesse comer ajo ni cosa que supiesse a él. Un galán que la servía hízole un banquete, y dixo al cozinero que de qualquier manera que fuesse le hiziesse comer ajo. El cozinero, por más disfrazar el negocio, picó algunos ajos en el mortero, y, quitados de allí, hizo una salsa verde en el mismo mortero, y llevándola delante de la dama, al primer bocado paró y dixo: "¡O, hideputa el villano qual viene disfraçado de verde, como si no le conosciésemos acá!"

CUENTO IX

Un ladrón vido a un clérigo tomar ciertos dineros y ponerlos en un saquillo. Siguiéndole de rastro, vido que se paró y detuvo hablando con un hombre delante la casa de un broslador que tenía una casulla colgada a la puerta. Entonces dixo el ladrón al broslador: "Señor, ¿quánto valdrá esta casulla?, porque en mi lugar tienen necesidad della." En fin, avenidos que fueron, dixo el ladrón: "Querría, señor, probarla en alguno." En esto el clérigo se había despedido del hombre con quien hablava, y venía la calle abaxo, al qual dixo el ladrón: "Reverendo, háganos tan señalada merced, por cortesía, de entrar aquí a probarse esta casulla." Entrado el clérigo, y quitándose la clocha, dexó encima della el saquillo de los dineros, y, puesta la casulla, dixo el ladrón: "Buélvase Vuessa Reverencia de espaldas, por ver cómo assienta." Buelto, apañó del saco el ladrón y dio por la puerta afuera. El clérigo, assí como estava revestido, fue tras él diziendo: "¡Al ladrón, al ladrón!" El broslador aguijó tras el clérigo, pensándose si sería maña armada entre los dos para llevarse la casulla, y asió della, por lo qual le detuvo. Entretanto, el astuto ladrón tuvo lugar de ponerse en salvo con su moneda.

CUENTO X

Havía un epitaphio scripto en latín en una pared, y parándose unos letrados a leerle, leíanlo tan raro que nadie lo oía. A la sazón paróse un soldado detrás dellos, y, con no saber leer ni entender lo que decía, estaba diciendo: "¡O, que bueno, lindo está por cierto!" Bolviéndose un letrado de aquellos, dixo: "¿Y qué es lo que entendéis vos desto, gentilhombre?" Respondió el soldado: "Nada, que por no entenderlo es bueno; que si lo entendiese, maldita la cosa que valdría."

CUENTO XI

Fue combidado un necio capitán que venía de Ytalia por un señor de Castilla a comer. Después que huvieron comido, alabóle el señor al capitán un pagezillo que tenía muy agudo y gran dezidor de repente. Visto por el capitán, maravillado de su agudeza, dixo: "¿Ve vuessa merced estos rapazes quan agudos son? Pues sepa que quando grandes no ay mayores asnos en el mundo." Respondió el pagezillo al capitán: "Más que agudo debía ser vuessa merced quando mochacho."

CUENTO XII

Estando affeytando el barbero a un gentilhombre en su casa, el qual estava muy mohíno dél por ser tan parlero, que, quando vino a hazerle la barba, dixo: "Señor, ¿cómo quiere que le haga la barba?" Respondió el gentilhombre: "Callando."

CUENTO XIII

En feria de Medina del campo entraron muchas damas y cavalleros en una botica destos que venden cabeçones labrados de oro y seda y muchas otras delicadezas de lienços de labores, y después de haver comprado muchas cosas, un gentilhombre de aquéllos abraçóse con un adereço de camisa labrado de oro y perlas. El mercader violo, y para cobrarlo usó de esta maña: que ya que se querían yr, dixo altico, que bien lo oyessen: "En verdad, señor, que el cabeçón y polaynas no las puedo dar por esse precio que me da; por esso perdone." El cavallero respondió: "Si no se pueden dar, veyslas ahí."

CUENTO XIV

Siendo un embaxador prolixo en su razonamiento delante un príncipe, al cabo que hubo hecho su embaxada, dixo: "Perdóneme Vuestra Alteza si he sido largo en mi relatar." Respondió el príncipe: "No tenéis de qué pedirme perdón porque /{d v v}/ verdaderamente yo no sé lo que hos havéis dicho."

CUENTO XV

Un philósopho pobre vino una vez a pedir limosna a uno que era gran gastador y tenía mucho dinero delante que jugando ganava, y pidióle un ducado. Y como no sea costumbre de los pobres demandar la limosna tassada, díxole el jugador que por qué le pedía más a él que a ninguno de los otros que estavan allí jugando. Respondióle assí: "Hágolo porque de los otros pienso rescebir limosna muchas vezes, y de tú, no más de esta."

CUENTO XVI

Acabando de hazer una hermosa casa un hombre de mala vida y fama, puso un escripto encima de la puerta que dezía assí: 'No entre por esta puerta cosa mala'. Visto y lehído por un gran dezidor, dixo a bozes altas, porque algunos lo oyessen: "Pues, ¿por donde entrará el señor de la posada?"

CUENTO XVII

Preguntó un gran señor a ciertos médicos que a qué hora del día era bien comer. El uno dixo: "Señor, a las diez;" el otro que a las onze; el otro que a las doze. Dixo el más anciano: "Señor, la perfecta hora del comer es, para el rico, quando tiene gana, y para el pobre, quando tiene de qué."

CUENTO XVIII

Saliéndose el rey Chiquito de Granada y su madre con él con mucha morisma de estima, por entregar la ciudad al rey don Fernando, subidos en un recuesto, y bolviéndose hazia Granada, tomáronse todos a llorar. A lo qual dixo la madre del rey: "En verdad, señores, que hazéys bien de llorar, que ya que no peleastes como hombres defendiendo vuestra patria, que lloréys agora como mugeres por dexarla."

CUENTO XIX

Queriendo un rey hazer mercedes a un criado suyo, llamóle y díxole assí: "Por los buenos servicios que de ti he rescebido, he determinado y quiero que seas mi secretario." Respondióle como sabio: "De buena gana rescibiría, Rey, tus mercedes, con tal que no fuesse para descubrirme secreto tuyo, porque es pesada cosa en especial secretos de rey."

CUENTO XX

Haziendo alguna gente un capitán por mandado del rey para cierta parte, y que lo tuviesse secreto, por bien que le fue preguntado por diversos amigos, jamás pudieron saber dél para dónde hazía la gente. Concertaron que una amiga que él mucho quería se lo

preguntasse. Hecho assí y preguntádoselo ella, respondió: "Mirad, amiga mía, en cuánto tengo yo los secretos del Rey, que si pensasse que mi camisa lo sabía, luego la quemaría."

CUENTO XXI

Dos embajadores del rey de Inglaterra, viniendo con embaxada al emperador de Alemania, después de haver hecho su devido acatamiento, el más avisado dellos hizo su demanda tan breve y compendiosa qual hazer se podía. El otro fue tan importuno y largo que el emperador se enojaba en gran manera. Conosciendo su compañero este dessabrimiento, hízole señal que abreviasse. Concluhido, dioles por respuesta el emperador que se miraría en ello. Respondió el avisado: "Supplico a Vuestra Magestad que nos conceda nuestra demanda, so pena que torne mi compañero a relatar su embaxada." Fue tan sabroso esto para el emperador, que respondió: "Antes quiero conceder que obedescer."

CUENTO XXII

Ciertos mancebos, estando cenando, con las demasiadas viandas y abundancia de vinos, dispararon las lenguas en dezir mal de su rey muy sueltamente, y no fue tan secreta la plática que el rey no lo supiesse el día siguiente. Mandóles llamar a todos ante sí, y, preguntándoles si era verdad que ellos havían dicho mal dél, apuntándoles palabras conocidas, respondió uno muy avisado: "Rey, de todo lo que dixeron que diximos de ti, es verdad, y aun ten por cierto que más dixéramos si no se nos acabara el vino."

CUENTO XXIII

Viniendo de Grecia un sabio greciano a visitar a un rey que tenía división con su muger e hijos, que no bivía con ellos, le preguntó el rey al sabio si havía paz y concordia entre las ciudades y república de Grecia. Por dezirle que sí y que curasse dél, le respondió: "Pregúntalo a tu casa, y mira por ella."

CUENTO XXIV

Llegándose al rey Philippe, padre del rey Alexandre, algunos familiares de su casa a dezille que desterrasse ciertos maldizientes que dezían mal dél, respondió: "Esso sería añadir leña al fuego y que fuesse disfamado entre gentes estrañas, quanto más que ellos lo hazen por una de dos cosas: o /d vij v/ por provar mi paciencia, o porque emiende mi vida. Quanto a lo primero, si en mí no ay esso que ellos dizen, en no querer castigallos se prueba mi paciencia, y si lo ay, téngoles que agradescer, pues procuraré de emendar mi vida." ¡O, sabia respuesta y mal usada entre christianos!

CUENTO XXV

Una muger muy atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio muy aquexada para pedir justicia, fuele respondido por el rey mismo que no podía por entonces que estava ocupado en ciertos negocios. Dixo ella: "Pues no puedes oyr, dexa de ser rey." Por esta aguda respuesta fue oyda y le hizo luego justicia.

CUENTO XXVI

Sabiendo Dionysio tyranno que por ser tan cruel todos le desseavan la muerte y que una vejezuela rogava por su vida, maravillado desto mandóla traher ante sí, y preguntóle qué era la causa que rogava por él. Respondió: "Has de saber, Dionysio, que siendo yo moça tuvimos un tyranno y(7) cruel por señor. Rogué a Dios por su muerte y murió; después tyrannizó la tierra otro muy peor, y rogando que Dios se lo llevasse también murió. Agora has venido tú muy peor que los passados. Tengo temor que, si mueres, verná otro más malo; por esso ruego a Dios que te dé vida y te sostenga por muchos años." A esta respuesta se sonrió el rey y la dexó yr libre, cosa fuera de su condición.

CUENTO XXVII

Un señor de salva, para lavarse las manos, quitósse un riquíssimo anillo que trahía, y, alargando el braço, tomóle el page que más cerca le estava, sin él mirar quién fuesse. Haviéndose lavado no se acordó más dél, sino que otro día haziendo lo mismo, el cobdicioso page que ya tenía el otro anillo alargó la mano para tomarle; por do le dixo: "No digo a vos que guardáys mucho las cosas."

CUENTO XXVIII

Yendo una vez un embaxador del rey de Ungría con cierta embaxada al Gran Turco, un sabio suyo, con licencia del mesmo Turco, en la sala do havia de entrar el embaxador christiano, hizo pintar infinitíssimas cruces. Llamado el embaxador y vistas tantas cruces por el suelo, quitóse el bonete antes de entrar en la sala y arrodillósse, y a la primera besó y adoró, y de las otras no haziendo caso passó adelante, e hizo acatamiento al Gran Turco. Viendo esto el sabio, dixo: "Mal ha parescido, christiano, pisar las cruces de tu Dios y no reverenciarlas." A lo qual respondió el embaxador: "Yo hize lo que devía y tú no hablas como sabio, porque en una sola creo y adoro: do murió mi redemptor Christo, que a las otras no les hago desacato en pisallas."

CUENTO XXIX

El duque de Calabria fue tan dado a la música que no havia en España quien tantos y tan buenos músicos tuviesse a causa de los grandes salarios que les dava. Viniendo un gran

músico forastero al real para oyr la música, el Día de los Reyes, que tanto le habían alabado, ohída e informado de la renta del duque, dixo: "Para tan chica capa gran capilla es esta."

CUENTO XXX

Como el duque de Calabria dilatasse una vez la paga de sus cantores, importunávale el maestro de capilla a pedírsela, diziendo: "Mire Vuestra Excellencia que se dilata nuestra paga." Respondía él: "Mírese." Como por diversas vezes se la huviesse demandado con dezir: "Mire Vuestra Excellencia," y él le havía respondido: "Mírese," dixo un día el maestro: "Contino se ha de estar Vuestra Excellencia en mi. Para ser buen cantor diga fa, fágase." Respondió el duque: "Perdonad, que vos me entonastes."

CUENTO XXXI

Un rey de Castilla, yendo camino solo con un page diligente que le havía seguido y muy familiar suyo y desasortado en haver mercedes, acaso passando el rey por un riachuelo, paróse el cavallo a mear, por do dixo el page, porque el rey lo sintiesse: "Este cavallo es de la condición de su amo, que siempre da a quien más tiene." Dixo el rey: "Calla, nescio, que mercedes de rey más se alcançan por ventura que por diligencia." "Esso no creheré yo," replicó el page. A lo cual calló el rey, y, venido a palacio, tomó dos arcas, y la una inchió de plomo, y la otra de oro, y llamó al page, y díxole: "Mira, cata ahí dos arcas, la una llena de plomo y la otra llena de oro. Sin allegar a ellas, la que señalares será para ti." Quando hubo señalado, acertó con la de plomo. Entonces dixo el rey: "Agora bien creherás que las mercedes dependen de ventura."

CUENTO XXXII

En Castilla un duque dio a un cierto médico, por que le visitava y havía curado de cierta enfermedad, una loba de seda forrada de telilla de oro muy galana. Viniendo un día a visitalle y viendo el duque que no la llevaba puesta, dixo: "¿Qué es esto, señor doctor? ¿Qué es de mi loba? ¿Por qué no la trahéys?" Respondió: "Señor, come mucho, y no la puedo sustentar." Dixo el duque: "Pues sus, denhos cincuenta ducados de partido para sustentamiento della."

CUENTO XXXIII

En cierta quistión, haviendo hecho correr y bolver las espaldas un animoso soldado a otro, y estándole preguntando al esforçado ciertos amigos que conocían a los dos si havía huydo el otro, como les havía dicho, acaso vino a passar el huydor, y dixéronle: "Señor, ¿no ve su contrario?" Respondió: "No le conozco, porque siempre le vi de espaldas."

CUENTO XXXIV

Un maestro de escuelas estaba enseñando a un discípulo suyo todas las pruebas de las quatro reglas del aritmética, y acaso los estava mirando un medio truhancillo, y dixo: "Maestro, la prueba del sabio, ¿quál es?" Respondió el maestro: "El nescio." "¿Y del nescio?" "El dinero."

CUENTO XXXV

A Cierta capitán, el rey Alexandre, por gratificalle algunos servicios, mandóle dar a su thesorero dos mil ducados. El thesorero, como estuviesse algo de punta con el capitán, en la mañana, al tiempo que el rey se havía de levantar, mandó poner en su aposento una mesa y los dos mil ducados encima della en plata, pensando que en ver el rey tanto dinero se arrepentiría de la promesa. Pero como el rey presumió la malicia, dixo: "¿Qué es esto?" Respondió el thesorero: "Señor, los dos mil ducados que mandó dar al capitán." "¿Qué? ¿Tan poca cosa es? Denle otros tantos."

CUENTO XXXVI

Siendo un viejo demasiadamente avaricioso, en las cosas del servicio de su casa lo era en extremo y fuera de compás, y era que, si vehía encendidas dos lumbres, matava la una, y si candela fuera de la mesa ardía, hazía lo mesmo. Por tiempo vino que adolesció, y, no dándole vida y estando ya in extremis, encendióle una candela un hijo suyo. Y estándole diziendo: "Padre, acordahos de la pasión de Dios," le respondió: "Ya me acuerdo, hijo; pero, mira tú, hijo mío, que te acuerdes que, en acabando que acabe yo de dar el alma a mi Dios, mates la candela."

CUENTO XXXVII

Como están las habilidades repartidas entre los hombres, era uno tan certero en poner garvanços, tirando de lexos, por la boca de un cántaro, que una vez, estándolos tirando delante de un príncipe, le pidió mercedes por ello, a lo qual le respondió, conociendo la desaprovechada habilidad: "Denle una hanega de garvanços."

CUENTO XXXVIII

Un cavallero fue muy enamorado y gran poeta. Por estas dos cosas, que la una era bastante, vino a ser loco en tanta manera que un hermano suyo le tenía en su casa encerrado en un lugar apartado. Y como una vez viniesse a velle, viéndole hazer cosas no devidas, díxole: "Hermano, ¿para qué hazéys essas cosas? Mirad que soys

incomportable." Respondióle: "Y como es mucho que allá donde yo toda mi vida hos he sufrido de nescio, que me suffráys vos a mí algunos ratos de loco."

CUENTO XXIX

Siendo preso y llevado un cossario delante el rey Alexandre, le dixo: "Ven acá, rebelde; ¿no tienes vergüença de yr assí robando por la mar?" A lo qual respondió: "Verdad es, Rey, que, por yr qual voy solo, me llaman ladrón; mas a tú, que te usurpas todo el mundo por yr tan acompañado te llaman señor. Si fueses qual yo voy, llamarte hían como a mí." Dixo el rey: "En fin, que yo robo." Respondió: "También yo, señor, pero yo por pobreza y tú por cobdicia." Viendo el rey su animosidad, no sólo le perdonó, mas hízole su capitán.

CUENTO XXXX

Assí como aquel philósopho nota tres nescdades en los hombres, que son yr por mar pudiendo yr por tierra, y tomar dineros sin contallos, y començar algún camino en ayunas, noto yo el día de oy otras tres nescdades. Y es la primera, estando en la cama con su muger, para el multiplícate demandarle licencia, y en la mesa aguardar que le rueguen que coma, y, teniendo sed, no pedillo.

CUENTO XXXXI

Estando un poeta mostrando ciertas coplas a un otro amigo suyo y gran dezidor, vino a leer un verso que dezía assí: 'Ya parte la nave bien como sin freno'. Respondió el que lo escuchava por tratalle de bestia: "Esso no es maravilla; mayor fuera con él."

CUENTO XXXXII

Fue avisado un rey que un mancebo /[e iij v]/ de su mesma estatura y hedad le parecía en grandíssima manera. Deseoso el rey de ver si era assí, mandóle llamar y, conociendo ser verdad, preguntóle: "Dime, mancebo, ¿acuérdaste si por dicha tu madre por algún tiempo estuvo en esta mi casa?" Respondió: "Señor, mi madre no, pero mi padre sí."

CUENTO XXXXIII

Estando jugando el rey Argiselao con sus hijos, llevando una caña entre las piernas como cavallo, por enseñarlos a cavalgar, entró un amigo suyo y, como lo viesse, rogóle el rey que no lo dixesse a nadie hasta que también él fuese padre de hijos, para enseñarle que aquello no era liviandad, sino puro amor y affición.

CUENTO XXXXIV

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado a su enemigo debaxo de sí y con la boca en tierra para darle de puñaladas, rogávale que le dexasse bolver de pechos arriba, y entonces que le matasse. Preguntóle: "¿Por qué?" Respondió: "Porque si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas." Entonces, el vencedor, viéndole en cuánto preciava la honra el vencido, no sólo le perdonó, mas quiso que fuesse su amigo para siempre.

CUENTO XXXXV

Porque ciertos criados del presidente de Cáliz llamavan traydores a unos reconciliados, fuéronse a quejar, y, en oyr la causa, respondió el presidente assí, mostrando que estava bien dicho: "No hos maravilléys, amigos míos, que estos mis criados son tan torpes y rústicos de ingenio que no saben dezir sino al pan, pan, y al vino, vino. Yd con Dios, que yo los castigaré."

CUENTO XXXXVI

Siendo combidado un cavallero por un grande amigo suyo a cenar, de camino se encontró con otros dos hidalgos, que los huvo de llevar más por fuerça que de grado. Y como entrassen en casa del huésped conosció que se havía turbado por no tener aparejado de cenar para tantos, por lo qual dixo a todos secretamente que no comiessen mucho de las primeras viandas porque las havía para la postre preciosísimas. Persuadidos con este comer poco, bastaron las viandas, y burló a sus amigos y socorrió la falta de su huésped.

CUENTO XXXXVII

Hurtaron a un capitán en Flandes de su aposento unos borzeguies hechos de molde para sus pies, porque los tenía lisiados y tuertos. Hallándolos menos, dixo: "Plegue a Dios que le vengan bien a quien me los hurtó."

CUENTO XXXXVIII

Vendiéndose ciertos captivos en presencia de un rey que estava assentado en su throno, el qual, por tener descosidas sus calças, mostrava sus vergüenças sin haver sentimiento dello. Y un captivo de los que se vendían dixo a bozes muy altas: "Perdóname, Rey: cata que yo buen amigo fui de tu padre." Respondió el rey: "¿Por dónde o de qué manera fue essa amistad?" Dixo el captivo: "Dame licencia que me llegue a ti, y yo te lo diré." Dexándole que llegasse, díxole en secreto: "Rey, cubre tus vergüenzas." Luego el rey

dissimuladamente se cubrió, y dixo a bozes altas: "Dexaldo libre, pues tan servidor ha sido de mi padre."

CUENTO XXXXIX

Combidado a comer cierto alcalde en Castilla por un grande amigo suyo y, por causa que havía de juzgar cierto negocio después de haver comido, bebió muy templadamente. Conosciéndolo el huésped, dixo, ya después de comer: "Si tan comedidamente beviessen todos los hombres del mundo, barato valdría el vino." Respondió el alcalde: "Antes hos digo de verdad que más caro, si cada uno bebiesse lo que querría como yo, que he bebido lo que he querido, y no más."

CUENTO L

INstituyendo el rey Philippo a un grande amigo suyo y letrado por principal juez de sus yerros, este tal, siendo biudo y porque ya le salían canas, por parecer mancebo dávase pedradas. Sabiéndolo el rey, quitóle el officio, diziendo: "Quien con sus cabellos no es fiel, menos lo será con el administración del reyno." Quiso sentir que, pues engañava sus cabellos, también engañaría la república.

CUENTO LI

Siendo un philósopho muy templado en el beber, combidáronle unos amigos suyos a cenar, y en la cena emborracháronse todos. Y como sobremesa tratassen de algunas habilidades que sabía hazer cada uno, dixo el philósopho por tratillos de borrachos: "Cubridme los ojos y llevadme a donde quisiéredes, y que acierto adónde estoy." Hecho esto, dixéronle: "¿Dónde estás?" Respondió: "Entre tinajas." Dexándole caher, dixo: "Entre locos."

CUENTO LII

Léese de un señor de salva valenciano (que por humildad se calla su nombre) que rogó a un camarero que secretamente le truxesse alguna señora que durmiesse con él. Al fin, siendo ya muy tarde, le truxo una muy hermosa. Díxole en verla: "Señora, ¿cómo havéys venido tan tarde?" Respondió ella: "Sepa Su Señoría que la causa ha sido esperar que mi marido se acostasse." Respondióle él: "Pues yd, buena muger, y aguardad que se levante." Y, bolviéndose a su camarero, le riñó, porque tenía por muy grande peccado echarse con muger agena.

CUENTO LIII

Fallesciendo un mercader que por muy rico era tenido, hallaron que era más lo que devía que no lo que tenía. Y, como los acreedores a quien él devía por justicia en pública almoneda le vendiessen la ropa, el rey de aquella tierra mandó a su mayordomo que le comprasse una colcha con que dormía este mercader. Dixo el mayordomo: "¿Búrlase Vuestra Alteza?" Respondió: "No me burlo, porque tengo necesidad dello para poder dormir." Quiso notar que cómo podía dormir un hombre que deviesse tanto, pues a él los cuydados le hazían estar desvelado.

CUENTO LIV

Viniendo el rey Alexandre determinado de destruyr la ciudad de Lámsaco, y con juramento de no hazer cosa que le rogassen; sabiéndolo el philósopho Anaxímenes, maestro del rey, salióle al encuentro y, postrándose por tierra, dixo: "Yo te supplico, o, Rey, que destruyas la ciudad de Lámsaco." Viendo el rey la cautela deste sabio, por no quebrar el juramento huvo de usar de misericordia.

CUENTO LV

Philoxeno, famosísimo poeta, viendo que unos cantareros cantavan sus versos trastocando y quebrando algunos dellos, con un báculo que llevaba dio en los jarros, y diziendo: "Pues vosotros dañáys mis obras, yo también dañaré las vuestras."

CUENTO LVI

Bevía un philósopho en una taverna, y de tal manera, que le vio otro amigo suyo que passava por la calle. El que bevía, por no ser visto, escondíase hazia dentro. Visto esto por el que passava, dixo: "Esso es ponerte más en ella."

CUENTO LVII

Un ganapán, yendo cargado con una gran carga a cuestras, encontró con uno que yva por la calle, y en havelle dado, dixo: "Guardahos, señor." Preguntóle el que había rescebido: "¿Que otra vez me quieres dar?"

CUENTO LVIII

A un señor de salva en Castilla, un pobre escudero demandávale socorro para casar una hija suya. El señor, haviendo compassión de su trabajo, aunque no era de su condición, le dixo que demandasse lo que había menester. Pues conociendo el escudero no ser el señor muy largo en hazer mercedes, pidióle veynte y dos reales. Maravillado el señor desto, dixo a su camarero: "¿No miráys este peccador que, diziéndole yo que pidiesse lo

que menester había, no ha querido pedir más de veynte y dos reales?" Respondió el camarero: "No se maraville Vuestra Señoría, que conosció la figura y quedósse con veynte y dos."

CUENTO LJX

Antes que se baptizasse los moriscos del reyno de Valencia, a un morisco de un lugar llamado Alberique havíale hurtado un ladrón no sé qué ropa, el qual se lo negava. Venidos a juyzio, buenamente, de-/ [e vij r]/ lante de un juez para que lo averiguasse, antes de ser oydos, dava tan grandes bozes el morisco contra el delinqüente que el juez, viendo quién era, dixo: "Has de callar, perro. ¿Por qué diablos estás ladrando?" Respondió: "Porque veo un ladrón."

CUENTO LX

Un marqués, señor de salva, encontrándose un día con el bayle general de Valencia, no le quitó el bonete, haviéndoselo quitado el bayle a él, de lo qual quedó muy quexoso. Sabiéndolo el marqués, topó un día con un page del bayle que llevaba dos gorras nuevas en la mano. Preguntándole que cúyas eran, respondió el page: "De mi señor el bayle." Tomósselas el marqués y dixo: "Dezid a vuestro señor el bayle que, porque no quede quexoso que el otro día no le quité una gorra, que agora le quito dos."

CUENTO LXI

Haviendo librado de la muerte un soldado en una batalla al rey Cressa, y ya después de ser vencidos los enemigos, y estando el rey en su tienda, quiso saber quién era el soldado que tanto bien le hizo. Venido y trahído que fue delante del rey con otros soldados que le acompañavan, /[e vij v]/ echósse la mano el rey a la bolsa y diole cinco talentos de merced. El soldado, muy affrentado, baxó su cabeça y púsose a contar muchas vezes los talentos, de manera que le dixo un compañero: "Andad acá, ¿de qué sirve esso?" Respondió el soldado: "Dexadme, que tal caso como éste nunca se ha de acabar de contar."

CUENTO LXII

Una cierta dama valenciana, ultra que era muy sabia, tenía una tacha: que hablava más de lo que era menester. Un día, estando en un sarao, tomáronle unos desmayos y fueron corriendo a dezillo a su marido, diziéndole que su muger estava sin habla. El qual, como lo oyesse, dixo: "Dexalda estar, que si esso le dura, será la más acertada muger del mundo."

CUENTO LXIII

Un cavallero a quien no sabía mal el vino, estando en conversación después de haver comido, parescióle a él que fue affrentado de otro cavallero, y por esto le desafió que se mataría con él y con las armas que quisiese. Respondió su contrario que él aceptava el desafío con tal que no fuesse en cueros.

CUENTO LXIV

Una señora que siempre quería saber a Hulana quién la sirve y Hulano a quién sirve, y Hulana en qué entiende y Hulano de qué bive, demandó a un cavallero, estando en conversación, que le prestasse un libro que tenía de las vidas de los diez emperadores. Respondió: "Señora, ya le vendí, porque soy muy enemigo de saber vidas ajenas."

CUENTO LXV

Trahían a un sobrino de Garci Sánchez dos mugeres en casamiento, de las cuales la una era de muy buena parte, sino que había hecho un yerro de su persona, y la otra era confessa, con la qual le davan un cuento en dote. Llegándose este sobrino a demandar consejo y parescer a su tío sobre cuál de aquellas dos tomaría por muger, le respondió assí: "Sobrino, yo más querría que me diessen con el cuento que no con el yerro."

CUENTO LXVI

Como se casasse un viejo al cabo de setenta años, y reprochándoselo algunos amigos suyos que había hecho gran locura, respondió que dezían verdad, que el hombre en hazerse viejo perdía el seso, y que, mientras le tuvo siendo moço, nunca le pu-/[e viij v]/dieron hazer casar.

CUENTO LXVII

A on mancebo, trayéndole para que escogiesse dos casamientos, el uno de una donzella loca con cinco mil ducados de dote, y otra muy sabia con quatro mil, escogió la loca, diziendo: "Vengan los cinco mil ducados, que yo no he hallado un ducado de diferencia de la más sabia a la más loca."

CUENTO LXVIII

Viniendo a visitar un amigo a otro y demandándole en su posada, sintió cómo él dixo a su criado que le dicesse que no estava en casa. Fuese muy quexoso. Después vino el que se hizo negar a visitar al quexoso, y entrando por casa dixo: "¿Quién está acá? ¿Está el señor en la posada?" Respondió el otro, conociéndole, desde un entresuelo: "No está en casa."

"¿Cómo no, si yo le siento hablar?" Tornóle a responder, diciendo: "Fuerte cosa es, señor, la vuestra, que queráys que tenga más crédito vuestro criado que yo. Dígoles que no quiero estar en casa; andad con Dios."

CUENTO LXIX

Oyendo un presidente fuera de juyzio a un querellante, ausente la parte contraria, atapósse con la mano el un oydo. Dixo el querellante, acabado que hubo de hablar: "¿Hame oydo bien Vuestra Señoría?" Respondió: "Bien, por cierto, pues este otro oydo he guardado para vuestro contrario," dando a entender que el juez no ha de determinar causa ninguna sin que primero oyga las dos partes para quedar satisfecho.

CUENTO LXX

Haviendo presentado a un cavallero un plato de cerezas por fruta nueva, estando sobremesa, el qual tenía dos hijos, el uno bastardo y el otro ligítimo, que comían en otra mesa apartados. Viendo el bastardo que no le davan dellas, alçó la mano y dio un bofetón al ligítimo. Viéndolo el padre, dixo: "Ladrón, ¿por qué has hecho esso?" Respondió: "Señor, porque me estava diziendo: "No te darán cerezas, no."" En gustar el caso el padre, dioles cerezas a los dos, pues el uno las demandava con astucia y el otro llorando.

CUENTO LXXI

Estando el duque de Calabria en el castillo de Xátiva, vino a visitalle un día el marqués de Zenete, y, al passar de una puerta, siguiendo el duque y el marqués sus acostumbradas cortesías, dixo el duque al marqués: "Passe Vuestra Señoría." Respondió el marqués: "Passaré como a escudero por obedescer a Su Excellencia."

CUENTO LXXII

Viendo uno que era tan buen razonador que él mismo no se entendía, tanto que, estando en conversación muchos amigos suyos sobremesa contando cuentos y que en acabar de contarlos todos se rehían, púsose a contar un cuento que, quando le hubo acabado quedó tan frío que ninguno se rió. Viendo que ninguno se commovía a reyr, dixo: "Ya hos podéys començar de reyr, señores, que yo ya he acabado de contar mi cuento."

DEO GRATIAS

FIN de la SEGUNDA PARTE del presente libro llamado *Sobremesa y Alivio de caminantes*.

Impreso en 1569 en Valencia por Joan Navarro

Impresso con licencia.

Véndese en casa de Joan Timoneda.